

Los cimientos de un modelo social con posibilidades de futuro

En estas fechas se cumplen los 75 años del inicio de la guerra civil, y coincidiendo en fechas un abogado mallorquín presenta ante el Tribunal Penal Internacional una denuncia contra Barak Obama por la muerte de Osama Bin Laden. Es evidente que ambos hechos carecen de relación alguna, pero comparten cuestiones de fondo sobre lo que debería evitar un modelo social para poder una opción real de futuro.

¿Qué requisito fundamental debería cumplir un modelo social para ser considerado válido y perdurable (al menos en lo básico)? Aquel que proporcione a los integrantes de la sociedad la clara percepción de ser tratados con justicia, sin el más mínimo asomo de duda. Y esta es una condición que no cumple ninguno de los modelos actualmente implantados.

He tomado los dos ejemplos antes citados de los miles que podríamos explorar, uno por su cercanía y por las interminables polémicas que genera. El otro por su trascendencia internacional y porque su análisis ponen en cuestión la estabilidad de la propia comunidad internacional.

De la guerra civil española se ha escrito mucho, y sin duda se seguirá escribiendo todavía mucho más. La relativa reciente ley de "Memoria histórica", que no contenta ni a unos ni otros, es una clara demostración de que este tema, pese a los ya mencionados 75 años transcurridos, sigue siendo de candente actualidad. Y no es de extrañar pese a que se levanten voces pidiendo, casi exigiendo, el olvido, el "pasar página" y considerar que este es ya un tema cerrado, que es inútil remover los acontecimientos que en su día sucedieron, y que responsabilidades las tuvieron todos.

Quienes a sí se expresan olvidan que cada generación es heredera de los hechos históricos sucedidos en generaciones anteriores. Un ejemplo puede ser esclarecedor: Han pasado más de quinientos años desde que se inició el proceso de conquista y sometimiento de las sociedades existentes en centro y Sudamérica. Es evidente, que tras el tiempo transcurrido, los integrantes tanto de las sociedades de los países centro y sudamericanos, como de la sociedad española nada tiene que ver con quienes realizaron la conquista y posterior administración del nuevo mundo. Sin embargo lo cierto es que, en la memoria popular de los afectados, los abusos, imposiciones y acciones, en muchos casos, calificables de criminales, siguen teniendo un saldo pendiente.

Se puede alegar que el aporte de la colonización española no fue íntegramente negativo, lo cual es cierto. Así mismo, en las sociedades precolombinas abundaban prácticas crueles e injustas, un

hecho que no puede negarse. Pero la asignatura pendiente, por nuestra parte, es reconocer lo que estuvo mal hecho, aunque ello signifique destruir los altares en los que se ha colocado a muchos de los personajes históricos en un vano intento de glorificar el pasado patrio.

Y esa es una práctica muy habitual. Cada estado, cada nación siente la necesidad de esa glorificación de su pasado. Parece ser necesario justificar el presente en base a una supuesta gloria pasada, impecable e incuestionable, lo que resulta casi infantil (O puede que sin el casi).

Esa actitud nos condena al permanente enfrentamiento. Si mi "glorioso pasado" se corresponde a tu "situación de opresión", difícilmente vamos a coincidir en las interpretaciones, y difícilmente vamos a poder entendernos.

Si por el contrario somos capaces de reconocer nuestros errores (o los de nuestras generaciones anteriores), no solo demostramos responsabilidad y valentía, sino que allanamos el camino para el entendimiento común.

En lo que a la guerra civil se refiere, quienes defienden el "pasar página" argumentan que no podemos hablar del tema en actitudes de "blanco o negro", ya que la gama de "grises" es enorme. Indudablemente, no les falta razón. Ni toda la gente que defendió la república era inmaculada e intachable, ni todos los que acabaron en el lado de la rebelión fueron asesinos.

Pero en el fondo de la discusión existente, lo que se plantea es una cuestión de responsabilidades. Y en primer lugar existe una clara responsabilidad, la de quienes iniciaron el golpe militar que dio lugar a la guerra civil. Negar que todos los deplorables actos habidos durante este periodo sean consecuencia del alzamiento militar es negar la realidad. Es la sublevación la causante directa, primero, de la guerra civil, y segundo, de la represión y las sucesivas represalias. Por ello existe una clara responsabilidad personal, relativa a todo lo acontecido, de quienes fueron los protagonistas y promotores de la rebelión.

Ello no significa que no existan otras responsabilidades. Ciertamente tanto el gobierno militar de la zona rebelde, como el gobierno republicano tienen sus respectivas responsabilidades en las zonas controladas por cada uno de ellos. Y si ambos son responsables de lo sucedido en sus respectivas áreas de influencia, lo que no es idéntico es la responsabilidad que se les puede atribuir.

Y no lo es por cuanto, mientras el gobierno republicano intenta, generalmente, evitar los actos de represalia popular contra quienes son considerados afines a los promotores de la rebelión, en el bando opuesto se usa la represión, de forma consciente, para afianzar el control en las zonas que paulatinamente son ganadas a la república. Estamos ante un acto tan cruel como premeditado y con un claro fin: garantizar el control y eliminar cualquier posible oposición.

Al gobierno republicano se le puede acusar de permitir la acción de bandas que deciden tomarse la justicia por su mano, represaliando a quienes consideran tienen una actitud demasiado tibia en la defensa de la república, a los miembros de la iglesia o a quienes ven como vinculados con los intereses del capital. Indudablemente, hubo muchas víctimas inocentes, y en el peor de los casos, suponiéndoles a algunas de ellas verdaderas responsabilidades punibles, deberían haber sido objeto de un juicio justo y de penas adecuadas, que no tendrían porque implicar la pena capital. Eso es cierto, de la misma forma que también es responsable de la represión sufrida por sectores de la izquierda que molestaban al estalinismo, como fue el caso de Andreu Nin, el dirigente del POUM.

Pero la responsabilidad del gobierno republicano es más consecuencia de su incapacidad que de su decisión consciente. Y este es el hecho que le diferencia específicamente de la actitud y responsabilidad del gobierno militar rebelde. Este último utiliza la represión como un arma de control social, de desmantelamiento de la oposición. Por eso la represión seguirá usándose tras el fin de la guerra. De hecho su uso permanecerá, en mayor o menor medida, durante toda la existencia del franquismo, ya que la supervivencia del sistema depende, precisamente, de ahogar cualquier intento de oposición.

Por otra parte, las reacciones que tienen lugar contra la iglesia católica, uno de los hechos más utilizados por quienes se niegan a aceptar una visión crítica del golpe militar, tienen su explicación, que no justificación, en la vinculación de esa institución con los sectores más reaccionarios de la sociedad española. Durante todo el siglo XIX fue fiel aliada de la extraña asociación, más por necesidad que por afinidad, entre los sectores absolutistas del entorno real y los liberales moderados, frente a liberales radicales y republicanos. Ya se sabe que la política hace "extraños compañeros de cama", y esa asociación ha tenido efectos muy perniciosos para la sociedad española. Decía Arturo Pérez-Reverte "En España nos faltó la guillotina". Aunque la línea de pensamiento entre este autor y el que escribe es totalmente opuesta, esta es una afirmación que comparto. No tuvimos revolución ilustrada, y no tuvimos revolución industrial, y eso conllevó la pervivencia del pensamiento absolutista y del poder religioso en el seno de la sociedad civil. Dos pesadas cargas que han condicionado la evolución histórica del estado español.

La guerra civil y los hechos que en ella acaecieron solo pueden ser comprendidos introduciendo en la ecuación los factores antes citados. Es la pervivencia del Antiguo Régimen y su negativa a desaparecer la fuente de la que bebieron los sublevados para justificar sus actos. Y setenta y cinco años después, sigue siendo el manantial que nutre a quienes niegan una revisión de la historia que ajuste responsabilidades, y abra la vía a un salto cualitativo en el modelo de sociedad, abandonando, de una vez por todas, el lastre del Antiguo Régimen.

Y si en nuestro modelo social, la pervivencia de esquemas del Antiguo Régimen cuestionan la viabilidad del mismo, a nivel internacional las cosas no están mucho mejor. La denuncia presentada por el abogado mallorquín contra Obama, el presidente norteamericano, es en realidad de una transcendencia mucho mayor de la que aparenta. Muchos pensarán que es prácticamente una tontería sin futuro práctico, o un simple ejercicio de autopromoción del joven abogado. Puede ser, pero el hecho encierra en si mismo un mensaje mucho más importante.

¿Son nuestras sociedades verdaderos estados de derecho? ¿Son los fundamentos jurídicos que las conforman e interrelacionan garantía para la justicia y para su futuro?

No son, estas, preguntas banales. Si las respuestas no son afirmativas, la consecuencia inmediata es que estamos camino de una crisis social de proporciones inimaginables.

Consideremos el caso que ha dado lugar a la denuncia. El presidente norteamericano decide enviar fuerzas militares a un territorio extranjero con el objetivo de asesinar a una persona. Porque la muerte de Osama Bin Laden fue un asesinato, con premeditación y alevosía. Y con varios agravantes: realizarlo en territorio perteneciente a otro país y al margen de su ordenamiento jurídico, impedir con ello un posible juicio sobre los actos del muerto, vulnerar, en fin, múltiples leyes internacionales.

Si el presidente de los EUA se arroga el derecho de actuar militarmente y al margen de cualquier legislación, en cualquier parte del mundo, contra quien decida (tanto da si el muerto puede ser responsable de horrendos crímenes), todo el entramado jurídico que debe dar cobertura y seguridad a cualquier ciudadano de cualquier país se convierte en papel mojado.

Puede que haya quien plantee que estamos ante un caso excepcional. Después de todo Bin Laden es el promotor reconocido de múltiples y sangrientos atentados. Quien así piensa, se equivoca. No hace

muchos años, en su loca y desafortunada búsqueda del personaje en cuestión, las fuerzas norteamericanas creyeron haberlo localizado. Gracias a un Predator (aeronave guiada por control remoto) le localizaron en la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán. Dicho Predator estaba armado con misiles aire-tierra y se dio la orden de disparar. Solo después del ataque se supo que el objetivo no era el furtivo terrorista. Así pues se asesinó a una persona cuyo único crimen era tener un extraordinario parecido con el terrorista buscado.

Si el señor Obama puede decidir acabar con quien crea en cualquier parte del mundo ¿Por qué no puedo yo pegarle cuatro tiros al vecino que me impide dormir al tener la tele excesivamente alta? ¿Por qué tienen que existir leyes? ¿Por qué tenemos que respetarlas? Las leyes solo tienen sentido si son garantía de derechos de forma equitativa y justa, obligando a todos por igual. Las leyes no tienen existencia propia. Son válidas en la medida que la comunidad les otorga validez. Pero si quien tiene el poder las utiliza de forma particular o partidista, o simplemente las ignora cuando le conviene, dejan de tener sentido.

Este es solo un ejemplo, pero los hechos reflejan que los paradigmas que definen nuestro modelo social actual están agotados. Urge redefinirlos y buscar un modelo nuevo que sea un referente real para la inmensa mayoría de la sociedad. Hoy nos enfrentamos a una situación en la que cada vez más gente ve como los políticos profesionales manipulan la verdad, la corrupción es la gran bandera internacional bajo la que las instituciones navegan, los intereses de un sector minoritario son considerados prioritarios y las necesidades de la mayoría se olvidan. Ello nos aboga a una única salida, una nueva revolución. No será hoy ni mañana, pero también es cierto que cuanto más tarde en producirse, más violenta será.